

Lucas Soares

El río ebrio



EL RIO EBRIO

p o e m a s



Soares, Lucas

El río ebrio - 1a. ed. - Buenos Aires : Paradiso, 2005.
48 p. ; 20x12 cm.

ISBN 987-9409-54-X

1. Poesía Argentina. I. Título
CDD A861

*Realizado con el apoyo del Fondo de Cultura B.A.
de la Secretaría de Cultura del G.C.B.A.*

Diseño: Adriana Yoel
Ilustración de tapa: Adriana Yoel
© 2005, Lucas Soares
lucso@fibertel.com.ar

De esta edición:

© Paradiso ediciones
Fco. Acuña de Figueroa 786, 1180 Buenos Aires
www.paradisoediciones.com.ar
ISBN: 987-9409-54-X

1º edición: 500 ejemplares
Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2005,
en Gráfica M.P.S. S.R.L., Buenos Aires, República Argentina

a Norberto

LA MUSA DE LOS ULTIMOS DIAS

hay un punto
en el que esa ausencia
resuena:
hablo
como es obvio
de una muerte.
Hay un punto
en el que resuena
lo obvio de esa muerte

en tus gruesos
dedos
pulsando las teclas
tratando de arrancarle
tonalidades
a ése
tu último texto
en el que por momentos
los acordes
resuenan disonantes
(es que las moscas acompañan
con su vuelo
la música irresistible
de ese dolor
que hoy vuelve
a pulsar las teclas
de este texto)

un desgarramiento
en cámara lenta:
una gota de humedad
cayendo desde la pared
recién pintada
de ese living.
Una sensación vital
que preanuncia
un solapado gesto mortecino:
mi padre barriendo
el dolor donde se hospeda

es el ruido
de esa lluvia acumulada
en tus ojos.
Es la tibieza
de tus dedos
gordos
esfumándose de golpe
por la fría irrupción
de una pregunta
que evidentemente
no te gustaba escuchar
y a la que respondiste:
*«no vinimos
a hablar de mí»*

porque no te gusta leerte así
y menos ahora que las moscas se posan
a contemplar
la ausencia de color
que puebla tu rostro
y zumbar
sobre este texto
decolorado
mientras las moscas
otra vez
revolotean
y se meten
por los orificios
de tu nariz
tan fría
como tu frente
donde las moscas
también se detienen
sin advertir aún
el último y tenue
resto de color
confinado
en el más gordo
y carnoso de tus dedos
(el efímero color
que irradiaba
ese texto)

mientras la música en los ojos
no se dejaba caer
duerme
y vela
prendida
de la pestaña
no se deja caer
la lágrima
que es pura música
en los ojos
duermevela
es el dolor
era una música
disonante
prendida
en los ojos
duerme
y vela
la voz
que se dejaba caer
en un foso
de luz
que aún encandila
la música
prendida
de este
dolor

en el reflejo
del espejo que enmarca
una escalera mecánica
detenida
donde me veo
caminando.
El reflejo de la muerte
en la escalera
de un velatorio
y el sueño mecánico de tu rostro
de tu hablar y de tu caminar
detenido
donde me veo
caminando

hasta por fin llegar
adonde ya nada
se corresponde
con su respectiva figura
donde lo mismo acaba
por ser
desfigurado
por esta nueva
mirada impávida.
Es la nueva configuración
que asumen las cosas
desde tu nuevo estar.
Y lo que cambia es
realmente
lo que ya no percibimos que cambia.
Lo que huye
sin que lo persigan

en la esfumada noche de esta cena
y sus tonalidades
de brillos artificiales
que emergen desde un pozo
(aún no hecho)
o desde una marquesina
que anuncia
tu presencia
en la esfumada noche
de aquel living

donde
como siempre
nos despedimos
para después atravesar
por el conducto
de una calle irrelevante
que pronostica
costuras y rupturas
aún más tajantes
(como los tics de tu dolor)
y lluvias acumuladas
en un cielo
de golpe encapotado.
Al término
del ritual
entre un taxi que arranca
y una sombra
que registra en su memoria
la patente

y el recuerdo cotidiano
de ese living
viejo y en desuso
como tu cuerpo
violáceo
extendido sobre el suelo
como una pasión
que ya no se restaura

como el enjambre de cables
que atravesaba
tu boca
hasta llegar
al centro mismo
de la tensión
al centro mismo
de una costura
que estaba a punto
de ser descosida
por un dolor.
Pero nunca te preocupabas
porque sabías
que la aguja
siempre volvería
a coser el sentido
de ése
tu último texto
tan tarde como
cicatrice
la costura
del sentido
que resuena
en tu última muerte

en la súbita
rugosidad de tu piel
la visión
sinóptica
del dolor
escribiendo
con tinta
fría
ese texto
de clausura

que se pierde
por las calles
tratando de llegar
a ese living
en el que estás
a la madrugada
sentado y hablando
por teléfono
tratando de recordar
las últimas pisadas
de una lluvia ya histórica
y acumulada
en el asfalto
de este silencio
tan distinto al habitual.
Esa lluvia que ahora truena
en el centro
de tu cuerpo violáceo.
El sudor y el laberinto
de esa ansiedad
que permanentemente generaba
nuevas calles
en las que te perdías
y en las que a veces
trato de hallar
el lugar
por donde entonces
te hospedabas

para por fin llegar
a traducir
lo obvio
de ése
tu último texto.
Ojos
hojas
moscas y renglones:
ese cuerpo
frío y ambiguo
desnudo
ante la impávida mirada
que indagaba
los estrechos márgenes
que separan
tu desierto del mío

donde hoy perdí
tu reloj
después de darlo vuelta
para escuchar
los tics
de tu dolor
que llevaba
sin darme cuenta
cuando las agujas
de este olvido
me marcaron
la hora
en que perdí
tu reloj

mientras yo
en la cocina
trataba
de que ese cuchillo
no se clavara
en los ojos
de mi pequeña hermana
sino en los míos
que ya habían visto
lo obvio de esa muerte

una calma
donde el dolor
por ahora
dormita
bajo el lecho
de ése
tu último texto

EL RIO EBRIO

«En un país que tienen pasión por conmemorar las victorias bélicas, la batalla de 1373 a menudo es pasada por alto. No es de extrañarse. Fue cuando los rusos estaban tan ebrios que fueron vencidos por sus enemigos, los tártaros. Los alcoholizados rusos fueron arrojados sin gloria alguna a un río cercano, que desde entonces recibe el nombre de Reka Pianaya, “El río Ebrio”»

Diario Clarín

el río
de una muerte
a la deriva
en otro río:
un río
ebrio

ese río
ebrio
en el que titilaba
el reflejo
de tu dolor
en una copa
alargada
y caída
como una muerte
bebida de un trago

es el río
por el que discurre
la sangre
ebria
de tu muerte
en mi sangre
y en la alargada
persistencia
de tu ausencia
en forma de copa
caída

en los cubitos
de hielo
girando al compás
de tus dedos
gordos
mientras hablabas
largo y tendido
por teléfono
con una mujer
a la que también
hacías discurrir
como un camalote
por las noches ebrias
que confluyen
en tu río

en el momento
del último trago
al levantarme
y adivinar
la fragancia
de un perfume sin cuerpo
de un cuerpo sin color
de un río sin cauce:
la ebria
fragancia
de tu ausencia

en las apostillas
de tu muerte
y en ésta
tu última creación:
el río ebrio

girando al compás
de tus noches
errantes como cubitos
de hielo
en una copa
como nubes sedientas
de lluvia
en un cielo
que ya pronosticaba
vacíos aún más ebrios
como los tics
de tu dolor
en mí

justo en el río
de esta pérdida
donde
*«el que se pone nervioso,
pierde»*
y no encuentra
su cauce

ahora
que discurro
como un camalote
por tu río
ebrio
a la deriva
como esa palabra
que dejaste
pendiente en mí
como el curso
de las cosas
que no terminan
de encontrar
su nombre

el punto
intraducible
en el que me dejaste
solo
ante esta copa
de vino
como un camalote
que discurre
por un río
sin cauce

*«cuando termine el vino,
nos vamos»*

decías siempre

y yo

para que nos fuéramos más rápido

te lo mezclaba

sin que te dieras cuenta

con el agua

de la hielera

para evitar escuchar

el rumor

apagado

de tu río

sediento de cauces

en las noches
que confluyen
en esta copa
en este río sin cauce
que discurre
como un camalote
por mi dolor
ebrio
como aquel vino
intraducible
que me hiciste
probar

como el rumor
apagado
de tus venas
explotadas
por una gota
incurable
expandida
por esa pierna
donde la sangre
se atoraba
sin encontrar
su cauce

let it be

como tu río

let it be

como tu forma de ver

los camalotes

y de leer

el curso de las cosas

que no encuentran

su nombre

como el punto

de vista

del que llega

por primera vez

a una ciudad

como la escritura

que no termina

de encontrar

su cauce

un torrente
imparable
como este río
que discurre
por mis palabras
tan ebrias
como aquel gesto
que enmarcaba
tu frase preferida:
*«no me voy
hasta terminar el vino»*

justo en el cauce
intraducible
que nunca encuentra
la palabra
justa
para discurrir
por aquel río
que se deshace
en mí
como cubitos
de hielo

en la última
copa de vino
tras los pasos
ebrios
de tus últimas noches
tras las marcas
de una escritura
errante
tras esa alargada
copa
caída
como una pérdida
que nunca encuentra
su cauce

